

¿QUIERES QUE TE LO CUENTE OTRA VEZ?

DO YOU WANT ME TO SAY IT AGAIN?

Luis Manuel Estalayo Martín

Asociación de Profesionales del Trabajo Social y de la Psicología Clínica

Resumen: Este artículo pretende llamar la atención sobre el mecanismo de la repetición que se da en distintos ámbitos de la experiencia humana. Se analiza su incidencia tanto a nivel individual como grupal, y se alerta de su presencia en el ámbito laboral. Finalmente se sugieren alternativas a su incidencia para realizar una práctica laboral más eficaz y satisfactoria en un clima laboral más relajado y creativo.

Palabras Clave: Repetición, Pulsión de muerte, Elaboración grupal, Supervisión.

Abstract: This article draws attention to the repetition mechanism present in different spheres of human experience. Its incidence at the individual and group levels is analysed and its presence at the professional level is discussed. Finally, the paper puts forward some suggestions as alternatives, to help make professional practice more effective and satisfactory and to contribute to a more relaxed, creative work setting.

Key words: Repetition, Death Drive, Group Elaboration, Supervision.

| Recibido 02/09/2016 | Revisado 15/09/2016 | Aceptado 21/09/2016 | Publicado 30/09/2016 |

Correspondencia: Luis Manuel Estalayo Martín. Psicólogo Clínico. Asociación de Profesionales del Trabajo Social y de la Psicología Clínica. Paseo Infanta Isabel 21, bajo. Atocha Renfe. Email: lmestalayo@hotmail.com. Páginas web: www.estalayopsicologocom; www.asprisma.com.

Referencia normalizada: Estalayo, L. M. (2016). ¿Quieres que te lo cuente otra vez? *Trabajo Social Hoy*, 79, 83-98. doi 10.12960/TSH.2016.0017.

1. INTRODUCCIÓN

“¿Quieres que te lo cuente otra vez?” es la fórmula de un tipo de cuentos clásicos denominados “de nunca acabar”, que se relatan sin un final estructurado y que solo finalizan con el cansancio de quien lo cuenta o escucha: *“-¿Quieres que te cuente el cuento de la buena pipa? –Sí. –Yo no te digo ni que sí ni que no, yo solo te digo que si quieres que te cuente el cuento de la buena pipa...”*

Esta fórmula de un texto reiterado sin más sentido que la propia repetición puede simbolizar alguno de los aspectos que definen a las personas. De hecho se dice, y no sin razón, que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Y habría que enfatizar lo molesta que puede resultar esta repetición, puesto que el tropiezo sería, al menos en una primera lectura, algo doloroso. Pero eso no evita que se reproduzca una y mil veces.

El mecanismo de la repetición se produce en todos los ámbitos de la vida humana. A nivel individual, donde el sujeto llega a sorprenderse de sus emociones, pensamientos o conductas que a modo de síntomas se repiten continuamente ajenas a su voluntad. A nivel familiar, donde los roles establecidos en la historia grupal parecieran inamovibles por más que vayan pasando los años. O en ámbitos laborales donde parece que algunos temas también se repiten hasta la saciedad sin que se vislumbre solución que ayude a salir de distintos círculos viciosos y reiteradas quejas que pueden llegar a generar mucho cansancio, desánimo y malestar.

En este artículo analizo el tema de la repetición considerando tres aspectos confluyentes. Por un lado, la perspectiva que inaugura S. Freud acercándose al fenómeno desde una óptica psicoanalítica. Por otro lado, focalizando el tema en el ámbito laboral del trabajo social. Y finalmente, considerando la relación de todo ello con el sistema capitalista, porque ningún fenómeno psicológico ni relacional-grupal debería analizarse sin tener presente el contexto donde se desarrolla y, en este caso, el capitalismo condiciona notablemente las repeticiones que se dan en distintos ámbitos laborales.

Desde un punto de vista psicoanalítico parto del concepto de *pulsión de muerte* desarrollado inicialmente por S. Freud (1920) y de alguno de los numerosos desarrollos posteriores que han matizado y enriquecido notablemente este concepto.

Respecto a la incidencia del sistema capitalista en el ámbito laboral existen numerosas referencias bibliográficas. De todas ellas me interesan y recomiendo especialmente las reflexiones de Marc Augé (2013), Lipovestky y Serroy, (2010) y Lipovestky (2007).

Intentaré aportar elementos para reflexionar sobre este tema y ofrecer alternativas a la repetición. Es decir, aportar herramientas que colaboren a prácticas profesionales más satisfactorias y eficaces.

2. PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA “CLÁSICA”

Sigmund Freud escribe en 1920 su clásico *“Más allá del principio del placer”*, donde argumenta que el principio de placer no es lo único que rige los procesos psíquicos, tal y como se creía hasta ese momento. Muy al contrario, Freud constata que existe algo distinto a la búsqueda de placer que hace que el sujeto no busque siempre ni prioritariamente su propio bien, sino que con frecuencia tiende a mantener y repetir conductas y pautas de relación a pesar de que le hagan sentir mal; de ahí el concepto de “compulsión a la repetición”, o “pulsión de muerte”.

En un principio este concepto fue valorado como una enigmática tendencia masoquista que incluso limitaba las mejoras que un sujeto pudiera hacer en su terapia. En efecto, se detectaba cómo la persona ponía fin a su terapia de manera precipitada, aún sabiendo que podría mejorar más, como si de alguna manera “eligiera”, seguir mal o realmente no pudiera hacer nada para solucionar su malestar.

Freud relacionó esta tendencia con algo infantil que causaría conflicto al yo y que sería difícil de recordar. Es decir que se repetiría por no recordar algo infantil que en su momento fue doloroso o traumático. Esa representación traumática formaría parte del inconsciente y dejaría la repetición como una huella de la imposibilidad de elaborar el contenido angustioso.

Posteriormente, y sobre todo a partir del análisis del juego infantil, se argumentó que la repetición no es algo necesariamente negativo, sino que es un proceso imprescindible para una posterior elaboración. Es decir, la repetición sería la forma de enfrentar algo que ha resultado conflictivo y que se puede ir elaborando en ese proceso. Así por ejemplo el juego infantil en el que se pueden repetir esquemas y pautas de relación entre distintos personajes imaginarios, puede resultar un método eficaz para enfrentar el terror.

En efecto, en la infancia los miedos suelen focalizarse en objetos concretos como brujas, monstruos o diablos que le permiten al niño poder hablar de una angustia que si no fuera por esos personajes no tendría rostro ni cuerpo; una angustia muy intensa con la que sería difícil convivir. Para poder vivir y no quedar invadido por un terror amorfo será útil nombrar elementos concretos generadores de angustia y “jugar”, con ellos.

Al mismo tiempo, para poder realizar ese juego, será imprescindible escuchar el miedo infantil, permitir que se desarrolle y exprese, dándole al niño un espacio donde poder simbolizar sus sentimientos por vía de las palabras, la creación y la fantasía. Es precisamente esa capacidad de jugar, de crear y de hablar, lo que permitirá ir elaborando los temores y no caer en una repetición estéril que eternizaría la angustia.

Por lo tanto, la repetición no sería una enigmática tendencia masoquista sino un método necesario y eficaz para elaborar miedos y salir de la angustia, siempre y cuando se puedan ir incluyendo en el juego nuevos elementos, distintos personajes, nuevas actuaciones, nuevos guiones, etc.

Exactamente el mismo proceso se aprecia en cualquier experiencia traumática. El miedo y la angustia pueden ser afectos ineludibles y adaptativos, pero si pasan a dominar la vida psíquica podremos pensar en el gobierno de la pulsión de muerte, donde el terror seguiría ocupando el lugar de lo que no puede nombrarse, de lo inimaginable, de lo siniestro. Esto sería el imperio de la compulsión a la repetición, donde la angustia seguiría reeditándose como el primer día, sin que nada pudiera limitarla.

Frente a ello, el universo simbólico es lo único que puede limitar el dominio de esta pulsión. Es decir, la palabra, el análisis de los sentimientos y afectos es lo que permite la elaboración, la limitación de la repetición por la repetición, la esterilidad de la angustia, la emergencia de un discurso único.

Profundizando en este análisis, Laplanche (1973) describe dos tipos de “energía” propios de la dualidad pulsional: Eros vs. Tánatos. Por un lado la tendencia humana a reproducir sus estados anteriores correspondería a la pulsión de muerte (Tánatos) y sería propia de un funcionamiento psíquico primario, realizado con una “energía libre”. La pulsión de muerte aludiría precisamente a ese tipo de funcionamiento primario que solo quiere correr lo más rápidamente posible hacia la satisfacción, hacia el apaciguamiento completo del deseo. Sería un tipo de impulso (sexual o agresivo fundamentalmente) gobernado por el principio de placer y la compulsión a la repetición. Una energía libre, cuya meta sería la descarga pulsional total, como si de un instinto imparible se tratara. En este sentido la pulsión de muerte sería limitar lo humano al terreno de la Biología, a la parte más “animal” del ser humano, al instinto.

Frente a ello, la pulsión de vida (Eros) es la tendencia a formar unidades cada vez más ricas y complejas, la tendencia a relacionar unos temas con otros, dentro de un proceso mental secundario, con una “energía ligada”.

La pulsión de vida no trataría de descargar la tensión sin más, sino que tendría en cuenta tanto las necesidades y deseos propios como los de los demás, porque trataría de conservar a ambos. Ello alude también a la sublimación (creación artística o científica) que cobra todo su sentido dentro de esta pulsión de vida, mientras que no tendría cabida en la compulsión a la repetición.

En el mismo sentido se expresa A. Green (1984) cuando señala con precisión que la destructividad de la pulsión de muerte se manifiesta con el “desenvestimiento”, con la imposibilidad de vincularse realmente con el semejante teniendo en cuenta

sus necesidades. Por el contrario, la pulsión de vida partiría necesariamente del respeto a la otra persona, y de los múltiples condicionantes que soporta toda relación mucho más allá del mero impulso personal. Es decir, la pulsión de vida apunta a un proceso secundario que prioriza el vínculo con los demás y se desarrolla en un registro simbólico.

Se sigue insistiendo por tanto en que *la alternativa a la repetición es la simbolización*, el desarrollo de las capacidades humanas que nos separa del universo animal. Porque la repetición puede crear la impresión de que no hay alternativa a su emergencia, tanto a nivel individual como grupal o laboral. Como si las cosas se dieran por un orden natural inamovible, por un tipo de instinto; como si los conflictos no tuvieran solución y ante ellos solo cupiera la resignación o la sumisión a lo inevitable. Frente a este discurso negativo, la vida puede entablar batalla a través de la palabra y el análisis compartido. Es precisamente la simbolización (proceso secundario, análisis, vinculación de elementos, elaboración, sublimación) la que permitirá salir de la compulsión a la repetición y acceder a realidades más saludables, creativas y “vitales”.

El poder de la palabra es también destacado por D. Poissonnier (1998) quien vincula la repetición con un mecanismo infantil que pretendería mantener al individuo sin tensiones, en un momento mítico de felicidad plena, en el que nada falte. Es decir en un momento previo a la emergencia de la realidad del sujeto, porque la felicidad total no puede ser sino imaginada, quedando solo como un sueño a medida que se va creciendo. En este sentido, la rabia que puede devenir de tener que reconocer que no todo es posible e incluso la violencia consecuente, solo podría mitigarse con la palabra, con la elaboración de los sentimientos asociados a esa pérdida infantil.

Habría por tanto una continuidad entre lo infantil, el proceso primario, la compulsión a la repetición y la violencia por un lado. Y por otro, como recurso humano contra todo ello, la palabra, el proceso secundario y la simbolización.

En este contexto es esclarecedor diferenciar la satisfacción del goce, partiendo de la enseñanza de J. Lacan (1958, 1959, 1960). La satisfacción sería una experiencia consciente que supone una tendencia hacia un objeto en busca de placer. Pero ello no sería sino una parte de las tendencias humanas, porque como se viene exponiendo, el sujeto no busca solo ni necesariamente su bien, su placer, sino “algo más allá”, que es lo que puede denominarse goce. Gozar está en el límite del placer y el dolor y apunta a que la satisfacción puede ser del sujeto del inconsciente. Así, el goce mortífero está ligado a la repetición de lo mismo sin ninguna posibilidad de modificación. En oposición, como expuse en el caso del juego infantil, la repetición puede ser una fase necesaria para ir introduciendo alguna diferencia en el relato, que sería lo propio de todo proceso de elaboración mental.

N. Braunstein (1990) profundiza y esclarece con precisión este concepto de “goce”, de una manera muy pertinente a nuestro interés.

El goce es incompatible con lo que podría denominarse “ley del lenguaje”, porque el goce apunta a un placer ilimitado, pleno, un lugar donde nada falte, un Nirvana que suprimiría cualquier tensión, un reposo absoluto. Y el lenguaje obliga a vivir convirtiendo las aspiraciones al goce en términos de discurso articulado, de vínculo social, de demandas que necesariamente deben estar condicionadas por lo que puede pedirse. Este proceso supone una renuncia para todos los sujetos y a veces es difícil resignarse a la pérdida: asumir realmente que no todo es posible. Por eso puede insistir esa tendencia al goce, como si fuera posible vivir sin falta. De ahí la tendencia a la compulsión a la repetición, a la búsqueda de ese sueño de plenitud.

En lo social, esta tendencia a la satisfacción plena, esta compulsión a suprimir cualquier tensión, esta pulsión de muerte, puede llegar a invalidar la Cultura, puesto que tiende a anular el lazo social. Pero este aspecto será analizado posteriormente cuando aborde el tema de las instituciones y el capitalismo.

3. PARADIGMA RELACIONAL EN PSICOANÁLISIS

En las últimas décadas se viene estableciendo una nueva dirección en psicoanálisis que podría sintetizarse diciendo que se evoluciona desde las pulsiones a los afectos. De hecho, en el nuevo paradigma ni siquiera sería imprescindible mantener el concepto de pulsión de muerte, aunque a mi modo de ver conviene hacerlo por la cantidad de sugerencias y connotaciones semánticas que implica. Sí se siguen manteniendo y destacando otros muchos aportes de Freud de entre los que acentúo tres conceptos fundamentales al tema que vengo desarrollando: el que haya dos formas de funcionamiento mental, un proceso primario y otro secundario, que coexisten toda la vida. El hecho constatado de que también haya dos tipos de memoria, implícita y explícita. Y la evidencia científica de que hay un saber hacer pre-reflexivo. Tres aspectos determinantes en el mecanismo de la repetición.

Este paradigma relacional se va conformando gracias a que el psicoanálisis se viene abriendo a los aportes que realizan otras disciplinas y a nuevos descubrimientos científicos, dentro de los que cabe destacar los siguientes:

- *La teoría de Apego* (Bowlby, 1993; Marrone, 2001; Fonagy, 2004), en la que se analizan modelos operativos internos y sistemas de representaciones de uno mismo en relación con los otros, según sea sentida la figura de apego como más o menos receptiva, cuidadosa o previsible.
- La progresiva asimilación de la psicología cognitiva por parte del psicoanálisis.

- El interés por la influencia de las circunstancias sociales y experiencias reales en la constitución mental de todo individuo.
- Los descubrimientos trascendentes que vienen realizando las neurociencias.

Todo ello permite hablar de un nuevo paradigma en psicoanálisis llamado relacional (Winnicott, 1965; Mitchell, 1993; Bleichamar, 1997; Stern, 1991; Pichón-Riviere, 2002; Fairbairn, 2013, entre otros) que parte de las siguientes premisas:

- La concepción del organismo como un sistema abierto.
- El carácter esencialmente social del ser humano.
- La búsqueda innata de la presencia y cercanía del primer objeto.
- El contextualismo.
- La existencia de un inconsciente de procedimiento, no reprimido, que incluye pautas o maneras de estar con el otro y principios organizadores de las representaciones mentales.

Si concretamos todo esto en el tema de la repetición que estoy analizando en este momento, es posible concluir junto a J. Coderch de Sans (2012) que la repetición se puede analizar desde un punto de vista antropológico, más amplio que remitirlo únicamente a una mera dualidad pulsional.

En el desarrollo de cualquier persona se forman esquemas mentales que otorgan un significado a cada situación con la que se encuentra en cada momento de su vida y provocan una respuesta de acuerdo con este significado. El conocimiento relacional implícito, que forma la base de la memoria de procedimiento, implícita y no reprimida, estructura también pautas de funcionamiento y maneras de estar con el otro, que son solo parcialmente modificables por la interacción, y que se constituyen en este sentido en límites para el cambio psíquico. Son precisamente estos límites, dependientes también del funcionamiento cerebral, los que a veces han sido erróneamente interpretados por el psicoanálisis tradicional, como resistencias inconscientes que el paciente opone al cambio.

En consecuencia, no se trataría de que una enigmática pulsión de muerte dificultara los intentos de cambio de cualquier persona y le llevara a repetir conductas sin fin. O, para ser más precisos, esa pulsión deja de ser tan enigmática si sabemos los mecanismos que la sustentan. La repetición se basa en pautas de conducta (pensamientos, sentimientos, conductas propiamente dichas y relaciones) que quedan grabadas en un proceso primario, a partir de las relaciones que se vayan realizando con un entorno significativo, generando una memoria implícita y un saber hacer pre-reflexivo. Todo ello, además, queda necesariamente inscrito en conexiones neurológicas en precisas áreas cerebrales, lo que genera una tendencia a la repetición y limita el número y tipo de cambios que pueda realizar cualquier persona.

No obstante los avances descritos, es importante considerar que para el psicoanálisis la alternativa a esta repetición sigue pasando por la palabra. Es decir, el nuevo paradigma en psicoanálisis amplía notablemente la comprensión de este fenómeno, pero para prevenir su incidencia o modificarlo, se sigue insistiendo en la necesidad de ampliar el campo de la simbolización frente a la repetición.

La manera de modificar la reiteración de esas pautas conductuales, la forma de evitar que los automatismos inconscientes (implícitos, pre-reflexivos y sustentados neurológicamente) sigan gobernado la vida, es oponerles un proceso secundario y reflexivo que vaya generando nuevas vinculaciones. El análisis (individual o grupal) de estos procesos irá limitando las repeticiones y creará las bases para nuevas realidades intersubjetivas.

El ejemplo de la psicoterapia es paradigmático de este proceso. En una primera fase de la psicoterapia la persona que consulta referirá pensamientos, ideas, sentimientos y conductas con la impresión de que su relato tiende a repetirse sesión tras sesión. Gracias a la relación con el psicoterapeuta en el texto repetido se van a ir incluyendo nuevos elementos significantes, nuevas palabras y puntos de vista, nuevas actitudes, nuevos afectos, que progresivamente irán aumentando la capacidad de mentalización del sujeto, y la posibilidad de establecer nuevos vínculos (consigo mismo y con los demás), lo que irá dejando atrás la repetición. Este es precisamente el pasaje desde la repetición hacia la elaboración.

4. PULSIÓN DE MUERTE EN LAS INSTITUCIONES

En este apartado me refiero a lo institucional como subjetividad colectiva que articula las singularidades en una dimensión imaginaria y simbólica. En este sentido, la institución tiene una clara y eficaz función defensiva contra angustias individuales. No es lo mismo trabajar aislado que arropado por unas siglas que asignen una pertenencia: *"Soy trabajadora social en los Juzgados de Familia"*, *"trabajo en los Servicios Sociales Generales"*, etc.

Al mismo tiempo, esta pertenencia incluye mecanismos de identificación que permiten mantener unidos a los sujetos, pudiéndose apreciar tanto alianzas, conscientes e inconscientes, como síntomas compartidos.

La institución vendría por tanto a calmar "la falta", del sujeto, su inseguridad personal y laboral, puesto que el sentimiento de pertenencia confiere a los miembros de cualquier grupo una expansión de su seguridad yoica. En este sentido, funciona como un nombre que identifica al sujeto en lo social y construye una ficción de identidad. Ser "trabajador social", ya identifica dentro de un colectivo. Pero si además se añaden unas siglas específicas de la institución de referencia, la identidad se ve reforzada en muy buena medida.

No obstante, la institución no es solo algo que ofrece seguridad y otorga cierta identidad grupal. En este supuesto se hablaría solo de “Eros”, de un grupo perfecto y sin fisuras, imaginariamente unido e igual, ilusionado por un ideal, plenamente motivado por la tarea. Y ello implicaría fragmentar y negar parte de la realidad. Esa parte de la realidad que se viene describiendo precisamente como pulsión de muerte. Si se quiere hacer un adecuado diagnóstico de la realidad que se da en toda institución y adoptar las medidas que correspondan al mismo, es preciso analizar este circuito de “muerte”, (malestar, cansancio, desmotivación, tensión, violencia, etc.) y vincularlo con los ideales capitalistas.

Porque si se quiere realizar un discurso idealista, se debería reconocer que en las instituciones también hay sufrimiento. Estoy totalmente de acuerdo en este sentido con Mario Pujó (2001) cuando opina que la institución es una fuente constante de malestar porque pretende controlar y regular lo humano, enajenándolo, mermando su originalidad y singularidad. Pero esta premisa general, que apunta hacia la renuncia que supone asumir directrices generales y específicas con mínima o ninguna posibilidad de crítica, no impide analizar elementos más específicos de malestar, como por ejemplo la constatación de que una institución no puede funcionar sin un ideal, sin un consenso suficiente que pueda guiar una tarea colectiva.

Es decir, toda institución va a generar necesariamente malestar por las renunciaciones individuales que estructural y necesariamente supone. Pero dicho malestar será mucho mayor cuando contraría la finalidad para la que ha sido creada. Entonces será menos creíble y más ineficiente. Son esas circunstancias, por citar unos pocos ejemplos, en las que se detectan injusticias en la administración de justicia, o esas otras en las que da la impresión de que los centros de servicios sociales no priorizan el bien común, o se percibe que los centros de protección a la infancia quizá no tengan verdadero interés o posibilidad real de realizar su función. Son esos momentos en los que no están claros los objetivos de la tarea, las funciones a desarrollar ni los recursos con los que se cuenta para ello. Son esos instantes en los que el profesional acumula malestar y sentimientos de soledad e incompreensión y se interroga por su rol, cuando toma conciencia de que incluso no parece importar su saber. Es ahí donde acecha el riesgo de repetición, la reiteración cansina de las mismas situaciones sin aparente solución, la pulsión de muerte.

Otras veces el profesional toma conciencia de que sí sabe cuáles son los objetivos reales de la tarea pero ello no es más tranquilizador. Percibe que los objetivos reales de su actividad tienen más que ver con intereses administrativos y políticos que con los que darían sentido y legitimidad tanto a la profesión como a la institución. En esos momentos de mayor conciencia se percibe que las posibilidades reales de cambio son mínimas, que las posibles mejoras familiares y comunitarias van a ser muy reducidas, y puede llegar a percibirse como mero gestor de unos recursos cada vez más exigüos.

Es así como los trabajadores sociales pueden llegar a sentir que solo gestionan recursos o justifican la imposibilidad de hacerlo si no existen, con gran dificultad para poder pensar ni elaborar su situación y con una sensación creciente de que no hay alternativa a su malestar.

Eso sí, cualquiera que sea el tipo e intensidad de su desánimo, cada una de sus actuaciones quedará bien reflejada en el oportuno programa informático que corresponda, para que todo tenga una apariencia impecable de eficacia y eficiencia.

Para que esta situación se mantenga es fundamental que las instituciones refuercen el individualismo y no faciliten espacios grupales de reflexión creativa. Ello obliga a relacionar la situación descrita con alguno de los ideales del sistema capitalista donde se desarrolla.

5. DERIVAS DEL CAPITALISMO

El desarrollo actual del capitalismo es inseparable de las nuevas tecnologías que crean nuevos bienes de consumo a velocidad de vértigo. El capitalismo logra un mercado a nivel planetario, donde las grandes empresas ya han conseguido imponer su ley a los Estados. Al mismo tiempo, en este planeta convertido en centro comercial, van aumentando las experiencias de violencia, miedo, angustia o soledad, tanto a nivel individual como en ámbitos laborales de inseguridad creciente o político, en sentido amplio, siendo cada vez más posible dudar de la capacidad de gestión de los dirigentes e incluso de la fiabilidad general del sistema.

L. Boff (2013), dentro de una ideología que puede sintetizarse en el término “socialismo ecológico”, argumenta cómo el capitalismo enfatiza una dimensión del ser humano, la del yo que pretende autoafirmarse, y prescinde de otras importantísimas motivaciones humanas como son el ser social, la solidaridad, la necesidad de lazo social y de sentido vital. El capitalismo feroz, al desatender este tipo de valores, al no priorizar en el devenir humano la búsqueda de la trascendencia, el arte o la belleza, propone un sistema de relaciones que van directamente contra el crecimiento del ser humano. Es un sistema que promete la felicidad apropiándose de todo el tiempo de vida del ser humano, pero provoca su creciente malestar y el de todo el planeta; a pesar de lo cual persiste como único sistema posible, sin aparente alternativa.

El capitalismo se basa fundamentalmente en la ficción de que el ser humano puede satisfacerse con la posesión de objetos de consumo, y de que tal satisfacción puede ser plena, total, si se consiguen los suficientes objetos. Trampa mortal porque como la satisfacción es estructuralmente imposible en el ser humano, siempre se va a imaginar que habrá nuevos objetos que sí la conseguirán, que la insatisfacción actual se debe únicamente a que aún falta algún objeto más por poseer.

La consecuente compulsión al consumo en búsqueda de esa pretendida felicidad va a implicar, paradójicamente, que el sujeto se sienta cada vez más vacío, ajeno o distante de su entorno, como abandonado en un mar de conexiones tecnológicas. En este sentido el hiperconsumo salvaje correlaciona con un individualismo feroz en un universo globalizado de mercancías, donde será difícil pensar en la subjetividad, el deseo, el arte o el amor. Será difícil pensar precisamente en lo que realmente pueda satisfacer a cada cual, en todo lo que simbólicamente pudiera acotar lo real.

Este sistema capitalista de relaciones inunda cada aspecto de la cotidianidad, sin que el ámbito laboral pueda ser una excepción. También ahí se va a priorizar el uso de la tecnología para cumplimentar protocolos o hacer presentaciones de programas o memorias varias, de manera que se dé más importancia al envase que al contenido. También ahí se propondrán tareas individuales que tengan que ser realizadas sin crítica, casi sin pensamiento, de manera obedientemente sumisa, es decir, sin que opere o pueda tener sentido la subjetividad.

Es precisamente en este contexto de vacío de sentido donde la repetición de situaciones que generan impotencia, confusión o malestar pueden darse hasta el infinito en el ámbito laboral: ¿Quieres que te lo cuente otra vez?

Frente a esta posible repetición mortífera es imprescindible restaurar el lazo social y para ello es importante la creación de espacios grupales de elaboración. Espacios donde puedan exponerse y analizarse las dificultades laborales cotidianas buscando alternativas realistas a su repetición. Espacios donde se generen vínculos con los demás (compañeros y usuarios) que prioricen los valores que dan sentido a la profesión. En esta misma línea de análisis, Leticia Hernández (2013) ubica al psicoanálisis como elemento que ayuda a reflexionar buscando alternativas, en unos términos que comparto a pesar de que quizá transmitan un exceso de optimismo: *“El psicoanálisis pretende limitar al goce de la pulsión de muerte, de tal forma, esperamos una recuperación de la cultura, de los dirigentes, de quienes tienen el poder de decisión para recuperar el valor del semejante, del lazo social, del otro, del amigo, de la pareja, que nos salvan de la desubjetivación, que dan compañía y arrancan al sujeto de la soledad, a la vez que desactivan el deseo de muerte y restablecen el valor de la “existencia”.*

Creo que es importante que en todos los ámbitos de la vida, incluyendo el laboral, seamos capaces de encontrar caminos que nos permitan reencontrarnos los unos con los otros, conquistando espacios de pensamiento y creación que no tengan que asumir ni priorizar los valores del sistema capitalista actual.

El trabajo social es una disciplina que pretende precisamente tejer redes de pensamiento y significación. Redes familiares y comunitarias que apunten hacia contextos sociales cada vez más sanos, justos y solidarios. Para conseguirlo, será imprescindible

contar con los recursos necesarios, y uno de los más prioritarios es el pensamiento y la subjetividad del profesional unidos a los de otros profesionales en una tarea común. Así podrán analizarse funciones concretas, objetivos y metodologías en cada una de ellas, su nivel de adecuación a los ideales de la profesión, su coherencia con la finalidad de la institución a la que se pertenece y un largo etcétera. Este permanente análisis compartido será el mejor antídoto contra la repetición de pautas de relación mortíferas que solo generan vacío, agotamiento y malestar emocional.

6. CONCLUSIONES

Puede decirse que vivir es desear asumiendo que no todo es posible, reconociendo la falta estructural que acompaña al devenir humano. Resistiéndose a esta realidad, la pulsión de muerte instaura una repetición sin fin, buscando permanentemente el camino más rápido hacia la satisfacción, sin tener en cuenta los límites ineludibles ni el deseo de los demás.

Por ejemplo, puede considerarse el tema de las adicciones como prototipo de una sintomatología propia de un sistema político que insiste en la necesidad de “consumir”, sin poder demorar ninguna satisfacción, yendo directamente hacia un goce mortífero, hacia esa deriva de la pulsión de muerte. En este tipo de síntomas el sujeto se borra y no precisa del semejante. Es un sujeto que se angustia y se asfixia ante la constante exigencia superyoica de consumir, creándose el engaño de que nada falta. Aunque se esté más vacío que nunca y se sea incapaz de establecer ningún vínculo ni compromiso de afecto o amor.

Esta violencia estructural contra lo humano, esta pasión por la actuación rápida y continua frente a la reflexión y el análisis, puede desencadenar en el ámbito laboral situaciones donde prevalezca la violencia asociada a la pulsión de muerte, es decir, a la repetición sintomática de situaciones de tensión, incomprensión y desgaste.

Esta dinámica es muy relevante en el contexto del trabajo social, porque el ejercicio de esta práctica profesional parte de valorar el uso de la palabra para establecer precisos diagnósticos individuales, familiares, grupales o sociales, y establecer las medidas oportunas en función de dichos diagnósticos. Para poder realizarlo con eficacia y satisfacción, para evitar entrar en la espiral de la violencia asociada a la repetición, es imprescindible fortalecer la ley simbólica que regule los vínculos en las instituciones.

Y esa ley simbólica precisa de una definición precisa de la finalidad de cada tarea en cada ámbito laboral y de un análisis permanente del grado de adecuación de dicha finalidad a la realidad. De ahí la necesidad de recuperar la importancia de lo grupal en el ámbito laboral, de reconstruir el lazo social, la posibilidad de compartir sentimientos, dudas e ilusiones, la búsqueda irrenunciable de sentido en la tarea o la lucha activa cuando no lo haya.

La misma búsqueda irrenunciable de coherencia y sentido podría argumentarse en el ámbito de las psicoterapias, donde es posible apreciar parecidos mecanismos y mantener idénticas alertas derivadas del sistema en el que se desarrollan. En este sentido, Silvia Bleichmar (2005) alerta sobre la degradación terapéutica que se está produciendo en la posmodernidad, pretendiendo tratar el sufrimiento psíquico sin tener en cuenta ni su causalidad ni las particularidades de cada sujeto. Como si desde un tipo de higienismo contemporáneo y sus protocolos, se supiera qué es lo que tiene que hacer cada sujeto casi antes de que hable. Como si el bien o la salud estuvieran ya programados y se ciñeran a las supuestas necesidades estandarizadas de todo organismo.

Pero ello supondría, como paradójicamente está pasando en algunas prácticas terapéuticas posmodernas, privar de subjetividad al sujeto, y también al terapeuta porque no habría posibilidad de pensamiento ni creación. En realidad se trata de la abolición del sujeto, sometido a una nueva modalidad superyoica que promueve ideales de salud programada incluso tecnológicamente.

Desde una óptica psicoanalítica, basada en una ética del deseo que pretende limitar la repetición mortífera que vengo describiendo, se piensa que no puede indicarse a un sujeto el camino hacia lo supuestamente correcto, pretender saber casi de antemano cuál sería su Bien, porque ello supondría no tener presente su singularidad. Sería una clínica imaginaria que prometería salvar al sujeto de la falta, dentro de un discurso híbrido entre la ciencia, la religión y el capital: “sé feliz”, “la felicidad solo depende de ti”, “puedes conseguir lo que quieras”, “si algo te preocupa, respira y sonríe, he ahí la clave de tu felicidad”. Discurso en todo caso posmoderno que pretende convencer de que todo puede conseguirse si se tiene suficiente voluntad, puesto que no habría límites a la satisfacción del sujeto, puesto que no habría una historia que condicione la subjetividad ni contexto social que la restrinja.

En consecuencia, tanto en el ámbito de las psicoterapias como en la praxis del trabajo social, se aprecia la necesidad de oponer un discurso “con sentido” (Estalayo, 2007) al discurso imperante tecnológico del capital. Y ese discurso con sentido surge de priorizar un registro simbólico que englobe el análisis, la elaboración y el pensamiento asociativo y crítico.

De ahí la importancia de priorizar en la práctica profesional tres aspectos que en su interacción pueden evitar la incidencia de la compulsión a la repetición: la psicoterapia, la formación y la supervisión.

- *La psicoterapia* o cualquier otra experiencia profesional de análisis personal para poder analizar en profundidad los afectos que se movilizan en la praxis profesional, relacionándolos con la historia personal y evitando que se desborden en la tarea.

- *La formación* como vehículo permanente de aprendizaje de nuevas formas de encarar la realidad, y fuente de un discurso cada vez más seguro y asertivo.
- *La supervisión*, tanto individual como grupal, como método privilegiado de análisis de la realidad profesional, incluyendo la valoración de objetivos y métodos de trabajo, así como las posibilidades reales para realizarlo. En este sentido será fundamental precisar si los objetivos asumidos en cada tarea son realistas en el contexto de atención que pueda proporcionarse y con los recursos disponibles, o más bien responden a demandas omnipotentes tanto de ciudadanos como de jefaturas.

Todo ello para salir de una queja reiterada y estéril, para crear otros discursos alternativos, para realizar una práctica profesional más eficaz y satisfactoria.

¿Quieres que te lo cuente otra vez?

7. BIBLIOGRAFÍA

- Augè, M. (2013). *El Tiempo en ruinas*. Barcelona: Gedisa.
- Bleichmar, H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica: Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona: Paidós.
- Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topia.
- Boff, L. (2013). *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*. Buenos Aires: Lumen.
- Bowlby, J. (1993). *El Apego (El apego y la pérdida I)*. Barcelona: Paidós.
- Braunstein, N. (1990). *Goce*. México: Siglo XXI.
- Byung-Chul, H. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Byung-Chul H. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Coderch de Sans, J. (2012). *Realidad, interacción y cambio psíquico. La práctica de la psicoterapia relacional II*. Madrid: Ágora relacional.
- Estalayo, L. M. (2007). ¿Qué sentido tiene el tiempo en el Trabajo Social? *Trabajo Social Hoy*, 50, 159-172.
- Fairbairn, W. R. (2013). *Estudio psicoanalítico de la personalidad*. Barcelona: Paidós.
- Fonagy, P. (2004). *Teoría del apego y psicoanálisis*. Barcelona: Publicaciones médicas espaxs.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. O. C. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A., et al. (1984). *La pulsión de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández, L. (2013). *El allanamiento del deseo o la pulsión de muerte en el mundo contemporáneo. Litorales*. <http://iztacala.unam.mx/errancia/v5/PDF1LITORALES3%20ERRANCIAS.pdf>.
- Lacan, J. (1958). *La significación del falo*. Escritos 2. Madrid: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1959). *La ética del psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Lacan, J. (1960). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Escritos 2. Madrid: Siglo XXI.

- Laplanche, J. (1973). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica*. Barcelona: Anagrama.
- Lipovetsky G., y Serroy, J. (2010). *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona: Anagrama.
- Marrone, M. (2001). *La teoría del apego: un enfoque actual*, Madrid: Psimática.
- Mitchell, S. (1993). *Conceptos relacionales en psicoanálisis, una integración*. México: Siglo XXI.
- Pichon-Riviere, E. (2002). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Poissonnier, D. (1998). *La pulsión de muerte. De Freud a Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pujo, M. (2001). Malestar en la institución. *Mal-estar e subjetivade*, 1(1), 73-93.
- Stern, D. (1991). *El mundo interpersonal del infante: una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1965). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Hormé.

